

## Del virus al infovirus

Vistas sobre la pandemia desde la biopolítica, la teoría de la excepción y la psicopolítica, a la tecnopolítica

## From virus to infovirus

Views on the pandemic from biopolitics, theory of exception and psychopolitics, to technopolitics

**José Antonio Marín-Casanova<sup>1</sup>**

Doctor en Filosofía y Ciencias de la Educación

Universidad de Sevilla, [jamarin@us.es](mailto:jamarin@us.es)

### RESUMEN

Estudio desde las distintas perspectivas de comprensión de las políticas de vigilancia y control social de la vida al enfocar la actual pandemia. Se enfatiza que todas esas políticas se aplican hoy mediante las TIC, extendiendo el dominio digital sobre el mundo *offline* y transformando la pandemia en tecnopandemia. Así resultan todas ellas, biopolítica, teoría de la excepción y psicopolítica, conceptualmente superadas por la *tecnopolítica*. La tecnopolítica es la forma político-social de la vida *onlife*, la práctica de un poder infodémico, que utiliza tecno-personas, que no son ni individuos ni tampoco sujetos políticos, para controlar y someter la vida *offline*.

*Palabras clave:* COVID-19, infodemia, nueva normalidad, (tecno)persona, (tecno)virus.

### ABSTRACT

Study about the different perspectives of understanding the policies of life surveillance and of social control when intellectually approaching the current pandemic. It emphasizes that all these policies are implemented today through ICTs, extending the digital domain over the offline world and getting pandemics into technopandemics. This is how they all turn out, biopolitics, theory of the exception and psychopolitics, conceptually surpassed by technopolitics. Technopolitics is the political-social form of onlife, the practice of an infodemic power, which uses informational techno-persons, who are neither individuals nor political subjects, to control and subdue the offline.

*Keywords:* COVID -19, infodemic, new normal, (techno)person, (techno)virus.

---

<sup>1</sup> Profesor Titular de Universidad. Departamento de Metafísica y Corrientes Actuales de la Filosofía, Ética y Filosofía Política Facultad de Filosofía. C/ Camilo José Cela, s/n, 41018, Sevilla, España.



## VISTA DESDE LA BIOPOLÍTICA: ESPOSITO

Apenas iniciado el flagelo de la pandemia, el filósofo italiano Roberto Esposito alzó la voz para reivindicar explícitamente el paradigma de la biopolítica a la hora de explicar lo que nos estaba sucediendo. Lo hizo en dos artículos de prensa aparecidos el mismo día, el 28 de febrero, y luego en un tercero publicado apenas una quincena después, el 18 de marzo. En los tres expone razones que avalan su tesis biopolítica principal, expuesta en su libro *Comunidad, inmunidad y biopolítica*, y que dice que la vida, entendida en su dimensión biológica, ya no es objeto de la política, sino sujeto. La política ha de concebirse no como política *sobre* la vida, sino *de* la vida. La biopolítica piensa así la política de la vida en el sentido subjetivo del genitivo. Pues bien, la crisis del coronavirus no sólo confirma la alianza entre biología y política, sino que la lleva a ultranza: “estamos llegando al clímax de la relación directa entre la vida biológica y las intervenciones políticas” (Esposito, 2020a). La pandemia ha hecho que los problemas relativos a la vida y la muerte sean centrales en las agendas y en los debates políticos: “todos los conflictos políticos actuales tienen en el centro la relación entre política y vida biológica” (Esposito, 2020b).

Tres son, para Esposito, los pasos básicos conducentes a esa centralidad, los síntomas de la nueva dinámica biopolítica. Primer síntoma: el objetivo político se traslada de los individuos o clases a determinados sectores de la población, segmentada en grupos diferenciados por salud, edad, género o incluso etnia. Se divide el cuerpo social en segmentos de riesgo y ello tanto en sentido objetivo como subjetivo. En sentido objetivo: población en riesgo de contagio. En sentido subjetivo: población portadora del riesgo de contagio. Secciones de contagiados y contagiados, sometidos a profilaxis, protegidos y a la par mantenidos a distancia. A nuestro juicio, el símbolo de esa praxis profiláctica es la mascarilla, obligatoria tanto para no contagiarnos como para no contagiar, la cual aparta al otro de nos-otros, y simultáneamente a nos-otros del otro. Y esto es indicativo de que lo que se teme es, más que el daño en sí, su circulación. Y más aún, dada la globalización abrogadora de fronteras nacionales. “Este es también el resultado del síndrome inmune real que durante mucho tiempo ha caracterizado el nuevo régimen biopolítico” (Esposito 2020a). Esa clave inmune es la que explica el rebrote del soberanismo, más que la recidiva del nacionalismo.

Segundo síntoma: el camino de ida y vuelta de la medicina a la política y viceversa. No es una novedad, esa implicación mutua de política y medicina, que ha terminado transformando a ambas, es lo propio de la biopolítica. Así es desde la medicina social: los médicos jugando a políticos y los políticos jugando a médicos; pero se ha acelerado a ultranza el doble proceso de medicalización de la

política y de politización de la medicina (Esposito 2020a y 2020b). De una parte, la política diluye su concentración ideológica para hacerse protectora de riesgos, reales o imaginarios, haciendo frente, a veces, a temores autoinducidos. De otra parte, la práctica médica, pese a su autonomía científica, no puede orillar el contexto económico-político en que opera y asume una función espuria de control social. Para Esposito se explica así la sorprendente disparidad de opiniones entre los virólogos con respecto a la naturaleza y el alivio del coronavirus.

Tercer síntoma, y tal vez el más perturbador por estandarizar el autoritarismo: la tendencia a las disposiciones políticas extraordinarias, en lugar de los procedimientos democráticos ordinarios, socavando el equilibrio de poderes. Ni nos hemos hecho chinos ni acabamos de descubrir los diversos estados excepcionales, de emergencia o alarma. Pero lo que está sucediendo hoy en las distintas escalas de gobierno es una cierta imposición del estado de necesidad frente a la voluntad del legislador.

Sin embargo, por mucho que se constate la deformación del modelo clásico de la política, en general, y de la democrática, en particular, Esposito (2020c) confía en la normalidad democrática, en la “Democracia en tiempos de coronavirus”, y no teme a la excepción, convencido como está de que “El sistema inmunitario de un país son sus instituciones”. Lo que nos salva de la debilidad de los políticos es la fortaleza institucional, “la firmeza permanente de las instituciones”. Si los líderes políticos encarnan el cuerpo temporal, físico y mortal, de la *res publica* democrática, siguiendo la analogía con los dos cuerpos del rey medieval de Kantorowicz, su reemplazo periódico corresponde a la permanencia de las instituciones: las instituciones encarnan el cuerpo perdurable, la corona dinástica que pasa del padre al hijo. En nuestros tiempos de corona también, aunque vírica, se trata de inmunizar nuestras instituciones democráticas para lograr la permanencia del cuerpo espiritual de la democracia y esa diferencia viene dada por “la pluralidad de liderazgo colectivo que demuestra ser un recurso más valioso que caer en la tentación de pedir la «plenitud de poderes»”. El liderazgo generalizado, no restringido a los políticos, sino extendido a los médicos y a protección civil, es el contrapeso a cualquier deriva hacia el *estado de excepción*.

Y es que lo que estamos viviendo hoy es, por el contrario, un *estado de emergencia*, el cual —ésta es la contraposición de fondo en Esposito— no obedece a una voluntad, sino a la naturaleza. La emergencia no la decreta ninguna voluntad soberana, sino una necesidad objetiva, la de proteger a la ciudadanía de un ataque intestinal. Tal cosa exige una labor inmunológica, pues el cuerpo colectivo, no menos que el individual, requiere, para sobrevivir, de un sistema inmunitario. Esa inmunidad en democracia la proporcionan las instituciones, siempre y cuando, si, además de la firmeza que les da

carecer de cuerpo físico, adolecen de la suficiente flexibilidad para adaptarse a las circunstancias, incluso las más dramáticas como las hodiernas que nos atenazan. Y eso, a su vez, solamente puede darse si se cumplen dos condiciones.

La primera condición es que las instituciones elonguen su radio de influencia sustrayéndose a la lógica institucional de la soberanía estatal, y sean externas e incluso ajenas al Estado, lo que, a su vez, ayudará evitar el siniestro deslizamiento hacia la lógica *schmittiana* del estado de excepción. Y eso comporta, además, el cumplimiento de una segunda condición, a saber: que los diversos movimientos que existen en la sociedad, en parte al menos, se institucionalicen y que, a su vez, las instituciones se movilicen, como de hecho está ocurriendo tras las inevitables vacilaciones iniciales, ante el impacto del coronavirus. Así pues, la oposición de larga data entre instituciones y movimientos debe ser eliminada.

En una palabra, para Esposito, si bien nadie puede negar el pleno desarrollo de la biopolítica, se trata de no perder el sentido de la proporción, de no exagerar. Una cosa es lo que denunció Foucault y otra homologar eventos y experiencias distintas y distantes. Luego no hay que confundir los procesos de largo plazo con las noticias recientes, pues no hay que soslayar la índole históricamente diferenciada de los fenómenos biopolíticos. Una cosa son las cárceles especiales y otra unas semanas en cuarentena, que no ponen en riesgo la democracia. Lo que está ocurriendo hoy con las medidas excepcionales “tiene más el carácter de una descomposición de los poderes públicos que el de un dramático control totalitario” (Esposito 2020b). Por eso la conclusión, desde el punto de vista democrático, es susceptible de ser calificada como razonablemente *optimista*: “Probablemente llevará tiempo salir de la crisis. Pero cuando finalmente salgamos de esta, nuestras categorías políticas también cambiarán. Para mejor, con suerte” (Esposito 2020c).

## VISTA DESDE LA TEORÍA DE LA EXCEPCIÓN: AGAMBEN

Ese optimismo, quizá candidez, del “no pasa nada”, contrasta enormemente con la posición del mayor pensador del estado de excepción después de Carl Schmitt, el también italiano Giorgio Agamben (2004), el cual, aun cuando por razones diametralmente opuestas a las de Esposito, también podría decir (*extrema se tangunt!*) que no pasa nada, como se desprendería de su primera redacción publicada sobre la Covid-19, cuyo título reza “La invención de una epidemia”. No pasa nada pues, como dice el hialino rótulo, la epidemia es una invención. Apelando, eso sí, a las declaraciones expresas de los epidemiólogos de la CNR, que cita: “No hay ninguna epidemia de SARS-CoV2 en Italia”, sino

“una especie de gripe”. Así, con los datos oficialmente disponibles todavía en febrero en la mano escribe sobre “medidas de emergencia frenéticas, irracionales y completamente injustificadas para una supuesta epidemia debida al coronavirus”. Y denuncia, siguiendo la pauta de su obra principal, la “tendencia creciente a utilizar el estado de excepción como paradigma normal de gobierno” (ASPO, 2020, p. 18) (“agotado el terrorismo”, la pandemia sería la nueva excusa). Por otro lado, denuncia también Agamben que se está normalizando asimismo el miedo, vivimos con miedo como algo normal, por lo que estamos empezando a necesitar “estados de pánico colectivos”, estimulados incluso gubernamentalmente. Los gobiernos crean el problema que luego se aprestan a resolver. La lógica es diabólica: “Así, en un círculo vicioso perverso, la limitación de la libertad impuesta por los gobiernos es aceptada en nombre de un deseo de seguridad que ha sido inducido por los mismos gobiernos que ahora intervienen para satisfacerla” (ASPO, 2020, p. 19). La invención de la pandemia estaría al servicio de la excepción.

Las reflexiones de Esposito pueden considerarse una contestación implícita a las de Agamben. Las unas constituyen la antistrofa respectiva de las otras y viceversa, pero ninguno cita al otro en sus artículos sobre la crisis sanitaria. Sin embargo, a Agamben, “viejo amigo”, “un espíritu de finura y bondad que puede ser llamado —sin ironía—excepcional” (ASPO, 2020, p. 30), sí le da réplica explícita, dos días después y en el mismo medio, *Antinomie.it*, el francés Jean-Luc Nancy. Y lo hace con la más dura de las técnicas retóricas, la *redargutio elenchica* pues, luego de haber negado la mayor, recordando que el virus de la “simple gripe” (y olvidando que Agamben cuando usa esa expresión la estaba *mencionando* o citando y no sólo *usando*) tiene vacuna y que mata treinta veces menos, le vuelve en su contra su argumento principal, que los gobiernos se valen de cualquier tipo de argumentación para establecer estados continuos de excepción. En efecto, sostiene Nancy contra Agamben, como si éste no lo supiera, que no se da cuenta de que en un mundo hiperconectado “la excepción se convierte, en realidad, en la regla” (ASPO, 2020, p. 30).

La proliferación de interconexiones técnicas de todas las especies con el crecimiento hasta cotas inusitadas, que se elevan a la par que la población, de los contactos, las exposiciones y los traslados de todo tipo lleva aparejado el aumento del número de personas, ricas y viejas, en situación de riesgo. No cabe duda, para Nancy, que hay una “excepción viral” (biológica, informática, cultural) a nivel civilizatorio que nos pandemiza. Al parecer, esto exonera a los gobiernos de toda responsabilidad en la crisis. Casi, casi viene a decir Nancy que como la excepción es civilizatoria, entonces ya no es gubernamental. Así, concluye, en términos casi iguales a los que poco después usará

Esposito, que: “Los gobiernos no son más que tristes ejecutores de la misma, y desquitarse con ellos es más una maniobra de distracción que una reflexión política” (ASPO, 2020, p. 30). Desde Rousseau y Kant filosofando sobre el Terremoto de Lisboa, tal vez no se haya visto coincidencia mayor.

Puede que a Agamben le pierda su cierta condición hiperbólica, pero no necesita que lo traten como a un *untore* al que luego le perdonasen la vida, como parece derivarse del planteamiento implícito en Esposito y explícito en Nancy. Del untador habla precisamente Agamben en un segundo artículo, del 11 de marzo, y rotulado “Contagio”. Ahí, más allá de sus exageraciones, se pone de relieve la *deshumanización* que las leyes excepcionales pueden comportar al obligarnos a mantener a distancia, con mínimos centimétricos, a los allegados, amigos y familiares, lo que en el límite lleva a la supresión del otro, como ocurría durante las plagas que asolaron a algunas ciudades italianas entre 1500 y 1600, cuando se instaba a denunciar al untador, sospechoso llevar la peste a lo privado y a lo público. Análogamente hoy el estado de excepción, fruto del temor que se intenta inculcar en la ciudadanía, viene a hacer del otro un potencial «untador». Y eso es más triste que la limitación decretada de las libertades, pues significa que “Nuestro prójimo ha sido abolido” (ASPO, 2020, p. 33).

El potencial deterioro de las relaciones entre los humanos se actualiza, según se desprende del razonamiento de Agamben, a través de la ausencia de la consistencia ética de los gobernantes y la presencia de la mediación tecnológica. Con toda la hipérbole que se quiera, y sin necesidad de compartir con el autor la intención que a ellos atribuye, eso explica: “que las universidades y las escuelas se cierren de una vez por todas y que las lecciones sólo se den en línea, que dejemos de reunirnos y hablar por razones políticas o culturales y sólo intercambiamos mensajes digitales, que en la medida de lo posible las máquinas sustituyan todo contacto —todo contagio— entre los seres humanos”.

Si no resulta palmario su planteamiento, y harto de la “falsificación” de sus posiciones a sus críticos, el 17 de marzo, Agamben redacta unas “Aclaraciones” y las pone en una columna en su blog *Una voce*. Ahí repite y matiza sus planteamientos para concluir con meridiana claridad que lo que está en cuestión con la normalidad de la excepción es “la pura y simple abolición de todo espacio público”. El primer dato claro que deja la oleada de pánico es que la sociedad cree, más que nada, en la mera vida, vida puramente biológica, a cuyo altar hay que sacrificar todo lo demás (relaciones sociales, trabajo, amistades, afectos y convicciones religiosas y políticas) ante el peligro de caer víctimas de la enfermedad. Con lo que “la nuda vida —y el miedo a perderla— no es algo que una a los hombres, sino que los ciega y los separa”, justo lo que significa, aunque el autor no lo diga, «diabólico» en sentido

etimológico. Creemos que lo que preocupa a Agamben no es si podremos vivir así, en una sociedad que no tiene valor más alto que la supervivencia, sino que lo hagamos.

Lo segundo que trasparece, por si no hubiera quedado claro, es que “el estado de excepción, al que los gobiernos nos han acostumbrado desde hace mucho tiempo, se ha convertido realmente en la condición normal”. Y es que acostumbrarse a la crisis y la emergencia perpetuas nos impide ver la reducción de la vida a biología, nos deja ciegos a sus dimensiones sociales y políticas, humanas y afectivas. La consecuencia es que: “vivimos en una sociedad que ha sacrificado la libertad a las llamadas «razones de seguridad» y se ha condenado por esto a vivir en un perpetuo estado de miedo e inseguridad” (Agamben, 2020). Así, diez días después, el 27, en la misma columna insistirá en que: “Otra cosa que te da que pensar es el claro colapso de cada creencia y de la fe común. Uno diría que los hombres ya no creen en nada, excepto en la desnuda existencia biológica que debe salvarse a toda costa. Pero solo una tiranía puede fundarse en el miedo a perder la vida” (ASPO, 2020, p. 137). En definitiva, Agamben, por muy radical que nos pueda parecer, con su aparente «negacionismo» nos está contando las verdades del barquero, que vivir en permanente estado de excepción es no vivir en libertad, una sociedad en continua emergencia no puede considerarse una sociedad libre, pues se ve obligada a vivir bajo toque de queda, a librar “una guerra con un enemigo invisible que puede acechar a cualquier otro hombre es la más absurda de las guerras. Es, en verdad, una guerra civil. El enemigo no está fuera, está dentro de nosotros”.

Es la patologización del prójimo. El croata Horvart (2020) habla de que el otro es construido ideológicamente en tanto enfermedad. Es la criminalización del otro. El argentino Darío Sztajnszrajber (2020) apunta que la mentalidad policial inducida en el ciudadano lleva a transformar al otro en un agente de contagio permanente: se criminaliza al sospechoso de estar contagiado. Es, en definitiva, la generalización del miedo al otro. Con el estallido de la pandemia y la digitalización de la vida confinada al espacio privado el cuerpo se considera universalmente como potencial agente patógeno y se rompe. Aparecen los “cuerpos rotos” (Puig Punyet, 2020). Una deriva antropológica de esta fobia a la otredad que se radicaliza con la crisis del coronavirus, añadiríamos nosotros, consiste en hacer del propio cuerpo alteridad. Tratar el cuerpo de uno como «otro», como otredad potencialmente patológica. El miedo se dilata así y pasa de tenerse a los demás a hacerlo extensivo también a sí mismo. A esta suspicaz autocancelación de uno mismo contribuye en la llamada *nueva normalidad* la digitalización de la vida: los tecno-cuerpos desplazan la carne, como si solamente fuésemos conciencia siempre disponible a distancia para el contacto sin cuerpo, el contacto (*contagium*) sin contacto, sin contagio

(*contagium*). Así prolifera, noche y día, el tele-contacto, sin horas oficiales de descanso, sin fines de semana, sin vacaciones. El “nuevo” humano “normal” se relaciona, antes que a través del cuerpo, a través de pantallas, como si careciera de cuerpo. Su potencial enfermedad convierte la carne en un casi estorbo para la vida. Una vida que paradójicamente ya no es la propia, la suya de cada cual, sino la vida desnuda. Ése es el valor que resulta prioritario en la nueva axiología, la salud, una salud que es meramente animal, simple supervivencia, a la que se supeditan tanto la libertad individual como la intimidad. Y cuando lo que sobrevive es vida sin cualificación humana, se impondría el triste lema: “vida nuda, vida nula”.

### VISTA DESDE LA PSICOPOLÍTICA: HAN

Otra perspectiva, más reciente, y que pretende situarse más allá de la alternativa entre régimen de excepción o biopolítica, es la *psicopolítica*: “La biopolítica es la forma de gobierno de la sociedad disciplinaria. Pero es totalmente inadecuada para el régimen neoliberal que explota principalmente la *psique*” (Han, 2014, pp. 37-38). La psicopolítica neoliberal, cuyo marco es el de las nuevas tecnologías y los cambios de todo tipo que conlleva la hiperconectividad, es una forma refinada de explotación mental opuesta a la explotación biopolítica de los cuerpos, característica de las sociedades disciplinarias estudiadas por Foucault. Si el capitalismo moderno se basaba en la fuerza productiva del cuerpo, el neoliberalismo produce, sobre todo, objetos no físicos, sino informacionales. La psicopolítica es un sistema de dominación que, en vez de emplear el poder opresor, utiliza un poder *seductor*, inteligente o *smart*, que provoca la sumisión voluntaria, que hace que sus «súbditos» lo sean por someterse por sí mismos al entramado de dominación. Y ello sin ser conscientes de su sometimiento.

Han aborda la crisis de la libertad y su utilización como una nueva forma de explotación. Creemos que el poder de hacer, tan característico e impulsado en nuestros días, en contraposición al deber de hacer, nos hará libres cuando resulta que la consideración del hombre como proyecto libre que se replantea y reinventa constantemente tiene una connotación de infinito que genera coacción y presión. El deber de hacer tiene un límite, mientras que, por el contrario, el poder de hacer no tiene límite. En este sentido, habitamos en una sociedad de acción en la que el sujeto se explota a sí mismo de manera ilimitada, convirtiéndose en amo y esclavo absoluto.

En la constelación de hiper-individualización de la libertad, donde el sujeto se somete a presión a sí mismo y se impone reglas y objetivos que ya no tienen nada que ver con lo colectivo, surge una nueva forma de poder político-económico, el «poder psico-político», inteligente, tan sutil y flexible

que no se deja ver; ni es exclusivo, ni es prohibitivo, ni es censorador. El sujeto sujetado no es consciente de su sujeción. Se trata de un poder que vela por que los hombres se sometan a la red de la dominación; en vez de hacerlos sumisos, los hace *dependientes*. Este poder inteligente se ajusta a la psique de los individuos en lugar de disciplinarla y someterla a coacciones y prohibiciones. No impone ningún silencio; al revés, propone compartir, participar, comunicar nuestras opiniones, necesidades, deseos y preferencias. En resumen, es una forma de poder que requiere «contar» nuestras vidas. Precisamente su crisis estriba en el hecho de que la libertad no es negada, sino explotada por esta nueva forma de poder.

La psicopolítica adopta formas refinadas de explotación para lograr la autoexplotación de la vida en su totalidad. La sociedad actual busca la optimización personal permanente y, en consecuencia, la optimización del sistema, lo que es destructivo, toda vez que lleva a un colapso total. La optimización personal se logra eliminando los pensamientos negativos que impiden el desempeño ilimitado. El dolor y la negatividad no son tolerados, a menos que estén al servicio de semejante *Leistung* sin límites. Sin embargo, la negatividad es consustancial a la vida, ya que mantiene la vida en la vida y es constitutiva de la experiencia. La violencia de la positividad marca la psicopolítica, cuya esencia es *complacer* más que someter.

Así es la forma de gobierno idónea del régimen neoliberal, que frente a otros sistemas de control, ejerce un control superlativamente eficiente al carecer de limitación óptica. Como la psicopolítica se apoya en el propio autocontrol individual, se consigue una vigilancia poligonal, capaz de llegar a la psique, actuando sobre los individuos desde un nivel prerreflexivo, que influye en las emociones para generar ciertas acciones. En este sentido, la emoción supone un medio de máxima eficacia para el control psicopolítico del individuo. Es fácil la comparación de esta forma de control con un *Big Brother* orwelliano llevado a la ultranza de la sutileza, pues el modo psicopolítico de gobernanza maximiza el consumo, genera abundancia y exceso de positividad, fomenta la comunicación y el consumo, no tortura a nadie para obtener confesiones, puesto que hay un desnudamiento voluntario de los individuos. En contraste con el Gran Hermano de Orwell, la psicopolítica tiene un aspecto amigable y su eficiencia radica precisamente en su amabilidad y en el hecho de que nadie se siente realmente vigilado o amenazado.

La psicopolítica utiliza los datos del Gran Hermano digital para hacerse cargo de los datos que los individuos le dan de forma efusiva y voluntaria. Este dataísmo, caracterizado por la acumulación de enormes cantidades de datos que permiten filtrar todo emocionalismo e ideología, ha significado

una Segunda Ilustración definida por la *transparencia*. El imperativo de esta Segunda Ilustración es que todo debe ser convertido en datos e información. El dataísmo, que busca eliminar toda ideología, es por lo tanto una ideología en sí misma que conduce al *totalitarismo* digital. El imperativo de esta Segunda Ilustración es que todo debe ser convertido en datos e información. Esta Segunda Ilustración es el tiempo del conocimiento movido por los meros datos, sin profundizarlos, sin interrelacionarlos, lo que genera un vacío de significado y conduce al *dadaísmo*.

Por eso se hace necesaria una Tercera Ilustración para revelar que la Ilustración digital se convierte en esclavitud. Los «grandes datos» pueden hacer legibles los deseos de los que no somos expresamente conscientes. De esta manera, el «macrodato» podría acceder al inconsciente social y revelar patrones de comportamiento colectivo de los que el individuo no es consciente. Usando los grandes datos, la psicopolítica podría llevar el comportamiento de las masas a un nivel que escapa a la conciencia. El *big data* termina siendo un gran negocio en el que el estado vigilante y el mercado se fusionan. Los datos personales se comercializan y la sociedad se clasifica de acuerdo a varias características que dan lugar a una *sociedad de clases digital* en que el panóptico biopolítico se ve sustituido por el *Bannoptikum*, dispositivo que destierra a las personas distantes u hostiles al sistema, aquellos individuos con poco valor económico.

Así las ideas, la pandemia también tiene una interpretación psicopolítica. Apareció en forma de artículo el 22 de marzo en el diario español *El País* con el título “La emergencia viral y el mundo de mañana”. Empieza el texto con una constatación: el éxito de los países asiáticos en comparación con el fracaso de los de Occidente en la gestión de la crisis sanitaria. La razón del fracaso de Europa, más en particular, hay que focalizarla en que “serviría de mucha más ayuda cooperar intensamente dentro de la Eurozona que cerrar fronteras a lo loco” (ASPO, 2020, p. 98). El cierre de fronteras es expresión desesperada de la soberanía, de quien decide sobre la excepción, justo cuando el tiempo de la soberanía de los estados-nación ya se ha agotado... Más que cerrar Europa al extranjero, habría que impedir la salida al extranjero desde el principal epicentro de la pandemia. Pero la cuestión que hay que contestar es por qué el sistema de Asia ha controlado mejor la pandemia. La respuesta se encuentra originalmente en la *cultura*.

En primer lugar, está la mentalidad autoritaria y de confianza en el Estado de los asiáticos: el imperialismo asiático del colectivismo. La herencia de la tradición del confucianismo, que produce personas menos renuentes y más obedientes, con una vida cotidiana muy organizada, les permite aceptar sin particular conciencia crítica, prácticamente inexistente, las medidas tomadas por sus

gobiernos. En especial, la apuesta por la estricta *vigilancia digital* de las vidas. Con la gestión de los macrodatos, el *big data*, los asiáticos están protagonizando un cambio de paradigma del que Europa “todavía no se ha enterado”: “Se podría decir que en Asia las epidemias no las combaten solo los virólogos y epidemiólogos, sino sobre todo también los informáticos y los especialistas en macrodatos”. (ASPO, 2020, p. 98). He ahí lo que nos enseña Asia sobre el coronavirus.

Apenas se es consciente de la protección de datos, incluso en Estados de régimen liberal como Japón y Corea del Sur. Nadie se enoja por la frenética actividad recopilatoria de datos por parte de las autoridades. Ejemplo paroxístico de ello lo encuentra Han en que China ha introducido un sistema de crédito social inimaginable para los europeos, que permite una valoración o una evaluación exhaustiva de la conducta social de los ciudadanos (ASPO, 2020, pp. 100-101). En China la entera vida cotidiana está sometida a observación sin excepción de instante. Se controla cada clic en Internet o en las redes sociales o el tráfico en las calles. Si se cruza con el semáforo en rojo, o se tiene contacto con críticos del régimen o se le critica, se le descuentan puntos. Y, viceversa, se le añaden si la conducta indica «bondad» como comer sano o leer prensa adicta al régimen le dan puntos. Los puntos son vitales para obtener un visado de viaje o créditos baratos, por el lado de la suma, y, por el lado de la resta, para no perder el trabajo.

Esta vigilancia social es posible por el permanente e ilimitado intercambio de datos entre los proveedores de Internet y de telefonía móvil y las autoridades. Prácticamente no existe la protección de datos. En el vocabulario de los chinos no aparece el término «esfera privada». En China hay 200 millones de cámaras de vigilancia, dotadas de inteligencia artificial, muchas de ellas provistas de técnicas eficaces de reconocimiento facial. Nadie puede escapar a su vigilancia evaluativa, un combate digital del virus inimaginable en Europa. “Toda la infraestructura para la vigilancia digital ha resultado ser ahora sumamente eficaz para contener la epidemia. [...] El Estado sabe por tanto dónde estoy, con quién me encuentro, qué hago, qué busco, en qué pienso, qué como, qué compro, adónde me dirijo. [...] Una biopolítica digital que acompaña a la psicopolítica digital que controla activamente a las personas” (ASPO, 2020, pp. 101-102).

A ese sueño cumplido del totalitarismo colectivista del control del cuerpo y de la mente, al (ab)uso del *big data* y de la vigilancia digital por parte de los estados asiáticos, habría que añadir, según Han, la llamativa diferencia entre Asia y Europa en lo que se refiere a las mascarillas protectoras. En efecto, mientras que entre los asiáticos está normalizado el uso de las mascarillas, en Europa casi nadie la lleva. La razón de esta diferencia también sería cultural. “En Europa impera un individualismo que

trae aparejada la costumbre de llevar la cara descubierta. Los únicos que van enmascarados son los criminales” (ASPO, 2020, p. 106).

En cualquier caso, para Han, el pánico desatado por la epidemia es desmesurado, como para Agamben, pero por motivos diferentes. El primer motivo es respectivo a la *globalización*, supresora de todos los avales inmunitarios que otrora obstaculizaban la libre circulación de mercancías y el flujo del capital. Con ésta nos hemos ido acostumbrado a vivir en un mundo sin fronteras, sin enemigos exteriores y, particularmente, sin el temor a ser contagiados por ningún agente patógeno. Han retoma aquí su tesis de diez años atrás, en *La sociedad del cansancio*, sobre la pérdida de vigencia del paradigma inmunológico, el cual “no es compatible con el proceso de globalización” (2010, p. 18), basado en la negatividad del enemigo, por el exceso de positividad rector en las sociedades occidentales. La *otredad* inmunológica habría sido sustituida por la *diferencia* posmoderna, la cual “ya no genera ninguna enfermedad”. ¿Cómo explicar entonces la fuerte reacción inmunológica que ha suscitado el coronavirus? Nos creíamos invulnerables porque habíamos eliminado de nuestras vidas el concepto de negatividad y todos los peligros venían del exceso de positividad: exceso de rendimiento, exceso de producción y exceso de comunicación. “La negatividad del enemigo no tiene cabida en nuestra sociedad ilimitadamente permisiva. La represión a cargo de otros deja paso a la depresión, la explotación por otros deja paso a la autoexplotación voluntaria y a la autooptimización” (ASPO, 2020, p. 108). En la sociedad del rendimiento, sociedad tan inmunológicamente debilitada, el enemigo es uno mismo<sup>2</sup>. Pero el coronavirus ha traído consigo la negatividad propia de lo real. Según Han, “el pánico desmedido en vista del virus es una reacción inmunitaria social, e incluso global, al nuevo enemigo. La reacción inmunitaria es tan violenta porque hemos vivido durante mucho tiempo en una sociedad sin enemigos, en una sociedad de la positividad, y ahora el virus se percibe como un terror permanente” (ASPO, 2020, p. 108).

El segundo motivo por el que ha estallado el tremendo pánico respecta de nuevo a la *digitalización*, la cultura del «me gusta», que al suprimir la resistencia, la cual es lo que permite experimentar la realidad, suprime su negatividad y su eventual dolor. Surge así, al sumergimos en un

---

<sup>2</sup> Žižek (2020) da un contrapunto crítico y algo burlón, en una entrevista en el diario español *El Mundo*: “Han dice que los países occidentales están reaccionando de forma exagerada porque se estaban acostumbrando a vivir sin enemigos abiertos y tolerantes, sin mecanismos de inmunidad, por lo que cuando surgió una amenaza real entraron en pánico. ¿De verdad? ¿No está todo nuestro espectro político y social impregnado de visiones apocalípticas, amenazas de catástrofe ecológica, miedo a los refugiados musulmanes, defensa del pánico de nuestra cultura tradicional contra el universo LGBT y la teoría de género?”.

mundo que no ofrece resistencia alguna, la “apatía hacia la realidad”. En contraste, ahora es un virus real, y no un virus de ordenador, el que causa una conmoción. “La realidad, la resistencia, vuelve a hacerse notar en forma de un virus enemigo, el enemigo externo (e invisible). La violenta y exagerada reacción de pánico al virus se explica en función de esta *conmoción por la realidad*” (ASPO, 2020, p. 109).

En lo que es relativo al pánico de los mercados financieros, la razón hay que buscarla en el pánico que ya es intrínseco a ellos y no en el virus. “Lo que se refleja en el pánico del mercado financiero no es tanto el miedo al virus cuanto el miedo a sí mismo. El *crash* se podría haber producido también sin el virus. Quizá el virus solo sea el preludio de un *crash* mucho mayor” (ASPO, 2020, p. 109). Desde luego, la solución de la crisis no pasa por un “oscuro comunismo”, a la Žižek. El virus no traerá el final del capitalismo. Sin embargo, dado su éxito, lo que sí que no parece descartable del todo, es lo temible, es que se pueda imponer en Occidente un estado policial digital como el chino, el paso, por decirlo en términos de Harari (2020), de una vigilancia “epidérmica” a una vigilancia “hipodérmica”. Ante esta tesitura, no nos queda más que cruzar los dedos: “Ojalá que tras la conmoción que ha causado este virus no llegue a Europa un régimen policial digital como el chino. Si llegara a suceder eso, como teme Giorgio Agamben, el estado de excepción pasaría a ser la situación normal. Entonces el virus habría logrado lo que ni siquiera el terrorismo islámico consiguió del todo” (ASPO, 2020, p. 110).

La nítida conclusión del filósofo surcoreano es que del virus no cabe esperar ninguna revolución. El virus nos aísla, no genera ningún vínculo común o sentimiento colectivo fuerte: “De algún modo, cada uno se preocupa solo de su propia supervivencia. La solidaridad consistente en guardar distancias mutuas no es una solidaridad que permita soñar con una sociedad distinta, más pacífica, más justa” (ASPO, 2020, p. 110). Y Han sueña, no obstante, allá cada uno con sus fantasías oníricas, con una *revolución humana*: “Somos NOSOTROS, PERSONAS dotadas de RAZÓN, quienes tenemos que repensar y restringir radicalmente el capitalismo destructivo, y también nuestra ilimitada y destructiva movilidad, para salvarnos a nosotros, para salvar el clima y nuestro bello planeta (ASPO, 2020, p. 112).

Desde el punto de vista filosófico, mucho más interesantes que las obligadas profesiones de fe anticapitalista, por heterogéneas que sean, nos parecen las reflexiones de los distintos autores aquí expuestos: las tesis biopolíticas de Esposito advirtiendo de la medicalización de la política y de la politización de la medicina, las de Agamben al considerar que el coronavirus solamente ha servido para decretar un estado de excepción injustificado, y las tesis psicopolíticas del propio Han, pues lo

que hoy se quiere disciplinar no es el cuerpo ya, sino la mente. El caso es que tanto una posición como la otra, por mucho que, más o menos aposta, rivalicen sobre el enfoque más conveniente de la situación, de hecho, están evidenciando cómo la pandemia de la COVID-19, a su vez, pone de relieve la intervención del poder, del poder del Estado, poder político, aun cuando fundamentado tecnocientíficamente, en la vida humana. Y en la otra cara de la vida: la muerte. El estado de excepción normal o la biopolítica o la psicopolítica comportan el poder de dar la muerte, la tanatopolítica (Fernández Vítóres, 2015) o “necropolítica” (Mbembe, 2003), poder clásico que hoy innovadoramente se implementa vía TIC bajo el nuevo régimen de la tecnopolítica.

### VISTA DESDE LA TECNOPOLÍTICA: ECHEVERRÍA Y S. ALMENDROS

Por mucho que el poder político sea cada vez menor frente a los tecno-poderes, que son poderes económicos; no obstante, ha resurgido el poder estatal y de un modo paladinamente autoritario, con independencia del ulterior refrendo parlamentario, o no, de la dilatada autoridad ejecutiva, y dado que todas estas políticas se substancian hoy mediante las TIC, esas nuevas maneras de ejercer la vigilancia y el control social extendiendo el dominio digital sobre el mundo *offline*, nuevas formas, por ende, de subjetivización, quedan todas ellas, biopolítica, régimen de la excepción, psicopolítica, superadas en su conceptualización por la *tecnopolítica*. La tecnopolítica es la forma político-social de la vida *online*, práctica del poder en el nuevo tiempo pandémico, que utiliza a tecno-personas, las cuales no solamente no son individuos, sino que tampoco son sujetos políticos, para controlar y someter a las personas. En los tecno-hospitales se ha estado decidiendo sobre la vida o la muerte de personas, priorizando la salvación de los jóvenes a costa de los ancianos. He ahí el poder y su más vieja prerrogativa: la de dar la muerte. “¿Por qué, al menos hasta hoy, una política de la vida amenaza siempre con volverse acción de muerte?” Ésa es la pregunta origen de las reflexiones sobre la biopolítica, que se repite hoy, cuando no hay lindes entre política y economía e incluso *marketing*, cuando el poder, antes que estatal, es tecno-económico, cuando la ciudadanía ha sido sustituida por las tecno-personas, como tecno-biopolítica. En la «nueva normalidad» la muerte lleva mascarilla. Se la ponen los gobiernos que técnicamente la administran.

Así como la biopolítica clásica era relativa a las diversas maneras de ejercer el poder por el Estado y sus anexos institucionales, y era dirigida por las *ciencias* sociales, *inventoras* del «hombre», a cuyo cuerpo se dirigía, y así como en la psicopolítica son las *técnicas* sociales las que operan sobre las mentes, en forma de propaganda en su vertiente política y de publicidad en la económica, en *sfumatura*

creciente, cuya invención es el «sujeto del rendimiento», la tecnopolítica responde a los tecnopoderes, cuyos dispositivos son las nuevas *tecnologías* sociales, el marketing empresarial y político (populismo), incidentes sobre la libertad, sobre la voluntad, y cuyo resultado, resultado de un panoptismo sin perspectiva, según Echeverría y Sánchez Almendros (2020, p. 432), son las *tecnopersonas*.

Desde el ángulo de la tecnopolítica, se produce, respecto de la pandemia, un descubrimiento de primera magnitud: la *tecnopandemia informacional*. Lo que inicialmente fue una mutación biológica se ha convertido en una serie de conflictivas innovaciones disruptivas, que los gobiernos están controlando mediante medidas tecnopolíticas de disciplina social como el encierro doméstico. Así, el coronavirus muta en *tecno-virus informacional* que se trasmite a través de los *mass media* y las redes sociales, infectando los cerebros humanos y provocando nuevos modos de pensar, actuar y vivir. A la pandemia se le solapa una *infopandemia*.

En efecto, como ha declarado la OMS (Naciones Unidas, 2020), y asimismo ha difundido la OPS (ALAPE, 2020), el brote de COVID-19, y la correspondiente respuesta, ha ido acompañado de una *infodemia* masiva, es decir, una cantidad excesiva de información, en algunos casos correcta, en otros no, lo que dificulta que las personas puedan encontrar fuentes fiables y la necesaria orientación fidedigna (MIT, 2020). El término «infodemia» va referido a un gran aumento de volumen de información relacionado con un tema particular, que puede llegar a ser exponencial en un corto período debido a un incidente específico como la actual pandemia. La hiperconexión de la población mundial, con más teléfonos móviles con conexión a Internet y a las redes sociales que gente viviendo en el planeta, ha dado lugar a la producción exponencial de información y a las posibles formas de obtenerla. Eso es la pandemia de información o infopandemia. En otras palabras, nos enfrentamos a una situación en la que se produce e intercambia mucha información en todos los rincones del mundo, que llega a miles de millones de personas. ¿Cuánta de esa información es veraz?

En esta situación la desinformación y los rumores entran en escena, y, más aún, la manipulación de la información con intenciones dudosas o directamente dolosas. Es la *infoxicación*. En la era de la información, este fenómeno se amplifica mediante las redes sociales, extendiéndose más y más rápidamente, como un virus (Zarocostas, 2020). La «infoxicación» es información falsa o incorrecta con el propósito más o menos deliberado de engañar. En el contexto de la actual pandemia, puede afectar enormemente a todos los aspectos de la vida, en particular, a la salud mental, ya que la búsqueda en Internet de información actualizada sobre la COVID-19 se ha disparado desde el 50% al 70% en todas las generaciones. Sólo en marzo la aplicación Twitter 550 millones de veces con los

términos «coronavirus», «covid» o «pandemia». Los vídeos relativos en YouTube a la plaga se cuentan por cientos de miles. En el momento en que se está escribiendo este artículo, que asimismo contribuirá diligentemente a la infodemia, en Google Scholar ya se ha registrado una cantidad superior a 20.000 de otros artículos con esa misma etiqueta. En una pandemia, la desinformación puede afectar negativamente a la salud humana. Muchos inventan historias falsas o engañosas y se propagan sin comprobar su veracidad o calidad. Mucha de esta desinformación se basa en teorías de conspiración, y parte de ella introduce algunos de sus elementos infotóxicos en el discurso biopolítico predominante. Ha estado circulando información inexacta y falsa sobre todos los aspectos de la enfermedad, como el origen del virus, la causa, el tratamiento y el mecanismo de la propagación. La desinformación puede propagarse viralmente y ser asimilada muy rápidamente, lo que conduce a cambios de comportamiento que puede llevar a la gente a asumir más y mayores riesgos. Todo esto hace que la pandemia sea mucho más grave, perjudicando a más personas y poniendo en peligro el alcance y la sustentabilidad del sistema de salud mundial.

Echeverría y Sánchez Almendros han sido precoces en observar que la implementación tecnológica y epidemiológica de la evolución del coronavirus se ha convertido en una cuestión no solo principal, sino también *tecnopolítica* (2020, p. 447). Una eventual crisis de gestión sanitaria se convirtió de súbito en una crisis de salud pública. De modo que para afrontar el problema no sólo había que generar obediencia, sino también *esperanza*. Para ello, sin cuestionar el amparo «solucionista» tecnocientífico, se fueron marcando metas tecno-sanitarias por conseguir: por ejemplo, evitar el colapso del sistema hospitalario (de las UCI particularmente) y luego ir llegando al punto de inflexión de las curvas de contagio y fallecimientos, que se convirtieron en la auténtica representación tecnocientífica del virus y su expansión: la meta suprema era “llegar al pico de la curva”. Conforme la COVID-19 fue desencadenando con creciente virulencia la crisis sanitaria, el control social se convirtió en el objetivo diana, igual que impedir una ola de pánico social incontrolable (como el temor al desabastecimiento). Y todo ello para lograr un objetivo estratégico: generar una alarma social controlada, que se fue convirtiendo en *tecno-COVID-19* (2020, p. 443) por ser parte de la infodemia.

En efecto, más elongada que la pandemia, la «nueva normalidad» afronta una *tecno-pandemia* de incidencia creciente (Echeverría y Sánchez Almendros, 2020, pp. 443-454). El tecno-virus es una *tecno-persona* idónea. Se trata de una tecno-persona que no es carnosa ni ósea, sino pura representación tecnológica y mediática. Esta tecno-persona se ha instalado de manera viral y profunda en el imaginario social de nuestra época, del que no se logrará su evacuación, por mucho que la pandemia sea

controlada y hasta exterminada. Tecno-COVID-19 conforma ya la memoria —y el ejercicio del poder— de nuestro tiempo.

En efecto, ya de suyo las tecno-personas poseen algunas características compartidas con los virus. Lo que el tecno-virus está haciendo es hipertrofiar esas características y, en tanto que *info-virus*, «pandemizarlas». Del mismo modo que los virus no son individuos, sino, como las bacterias, cepas, y dependen por entero del entorno y, para adaptarse a él y reproducirse, mutan genéticamente generando nuevas cepas, y del mismo modo que tampoco son sujetos semovientes, sino que son movidos por otros agentes, como las personas que son sus vehículos y los portan de un sitio a otro arracimadas en medios de transporte, tanto particulares como colectivos, de forma masiva, pero azarosa, sin intencionalidad ni mucho menos conciencia moral, así ocurre con las tecno-personas.

La tecno-persona no tiene nada que ver con la persona tecnologizada, como vulgarmente se podría creer, pues ya en principio, la tecno-persona, a diferencia de la persona, no tiene conciencia. La tecno-persona, para Echeverría y Almendros (2020, pp. 81-132) es, antes al contrario, un concepto filosófico general, al objeto de designar entidades informacionales, más o menos vinculadas a las personas humanas o corporativas de las que surgen, las cuales se encuentran alojadas en las distintas *nubes digitales*, que son centros de almacenamiento y gestión de datos con naves de máquinas computadoras de muy ingente capacidad.

Arriesgando la simplificación, hay que decir que por tecno-personas se tienen sistemas de datos, que convenientemente procesados, bajo una determinada aplicación tecno-lógica, presentan forma humana simulada en los monitores de los distintos dispositivos electrónicos computarizados. Cualquier usuario de *smartphone* que entre en las nefelibatas redes sociales digitales genera ya, toda vez que en el mundo digital o tercer entorno la identidad es cambiante y plural, varias tecno-personas. Las «nubes», principalmente las cuatro más ricas del mundo por su capitalización en Bolsa, Google, Apple, Facebook, Amazon han desempeñado un papel importantísimo en la difusión del tecno-virus asociado a COVID-19, al que Echeverría y Almendros, como hemos visto, denominan como «tecno-COVID-19». También los medios de comunicación de la época industrial (prensa, radio, televisión, etc.) han contribuido mucho a difundirlo, sobre todo, dado el confinamiento casero obligatorio.

En cualquier caso, las tecno-personas no se mueven por sí mismas, sino que son movidas por otros agentes, sea a través de instrucciones de cómo conducirse y qué gestos hacer ante las cámaras, sea a través de programas informáticos que transmiten por vía digital, nos demos cuenta o no, dadas las numerosas cámaras ocultas, las *cookies* o los sistemas de geolocalización que pasan todos nuestros

datos a las nubes, para su custodia y procesamiento. De modo análogo tratan los epidemiólogos los datos de COVID-19, sin que el virus se entere. Así como los «Señores del Aire» o ya ahora *Señores de las Nubes* pueden prever nuestras conductas, los epidemiólogos pronostican la eventual evolución del coronavirus. De esta guisa, se construyen las tecno-personas, sean de índole política, social o vírica. Las redes globales de información y datos generan cotidianamente millones de tecno-personas posibles, incluidas las que se nos asignan como usuarios de las mismas. Esas tecnologías se han aplicado de forma masiva a COVID-19, que se ha convertido en la entidad informacional más mencionada en los *mass media* «tradicionales» y en las «nuevas» redes sociales mundiales, haciéndose viral de inmediato, un info-virus. Ya hace tiempo que es la tecno-persona más relevante del tercer entorno, su *trending topic*. Las tecno-personas, como la «epidemia de Agamben», pueden ser ficciones, casi siempre lo son, pero generan realidades como el dinero, ¡la mayor ficción! Las tecno-personas median entre los cerebros electrónicos y los cerebros orgánicos. Cuando entran por los ojos de las personas a través de las pantallas digitalizadas impregnan las mentes humanas. Casi siempre las contaminan. Así es como se ha generado un tecno-virus informacional a partir del coronavirus. No es descabellado, así pues, que una agencia tecnopolítica como la OMS mantenga la tesis comentada de que a la pandemia actual se le ha solapado una infodemia, esto es, una epidemia informacional, puesto que afecta intensamente a miles de millones de humanos. Ni que se pronostiquen daños mentales mayores que los males orgánicos suscitados por el coronavirus, por muy luctuosos que estos sean. Crisis sanitaria aparte, vienen profundas crisis económicas, sociales y políticas, cuyo conjunto configura los imaginarios tecno-COVID-19.

En conclusión, la ingente masa de datos, ciertos o no, surgida a partir del virus, como este propio artículo, han creado una tecno-persona vírica, que tiene nombre e imagen global, con impactos que se cuentan por millones. La implementación informacional de COVID-19 por diversas organizaciones tecnocientíficas, como la OMS y la OPS, ha convertido una entidad biológica en una compleja cepa informacional y tecnológica: tecno-COVID-19. Ese ente artificial ha merecido la calificación de *tecno-persona vírica* (Echeverría y Sánchez Almendros, 2020, p. 453), porque tiene un virus como origen, pero por su estructura y funcionamiento es muy similar al resto de tecno-personas de nuestro tiempo. De hecho, como las tecno-personas, es plural: no es una, sino muchas variantes de sí misma. Conforman tecno-virus informacionales que se transmiten a través de los *mass media* y las redes sociales, casi siempre con el resultado de incidir y transformar el *modus essendi, intelligendi et vivendi* de las personas, tanto físicas como jurídicas. Por eso se trata de una tecno-persona, una tecno-naturaleza que genera diversos tipos de males, aparte de los físicos y orgánicos que, de acuerdo con su naturaleza

plural, el propio virus origina. Anida en los cerebros humanos y los trasfigura, generando «nueva normalidad». Su incidencia es creciente, hasta el punto de que hoy la infodemia ya está más extendida que la propia epidemia. Además de una pandemia vírica, sufrimos igualmente una tecno-pandemia tecno-vírica, una infopandemia.

### (RE)VISTA SINÓPTICA

Una reflexión final, en sinopsis conclusiva, se impone: el virus, en su modalidad natural tanto como, sobre todo, tecno-natural, conforma el ejercicio de la vida en la época de la infopandemia y la «nueva normalidad». Tecno-COVID-19 ha convalidado la conversión de lo político-social (la gobernanza y la administración, el trabajo, la educación y hasta la sanidad) en tecno-político-social convirtiendo la excepción, lo *onlife*, en norma (la gobernanza y la administración, el trabajo, la educación y hasta la sanidad se realizan a distancia, con el prefijo «tele»). Los agentes y los pacientes político-sociales hodiernos, más que ser, *funcionan* como tecno-agentes y tecno-pacientes, tecno-personas de etiología tecno-vírica. La actividad viral tiene como escenarios los edificios de uso público, las calles y plazas, las playas y parques, los medios colectivos de transporte. Esa actividad en el límite tiende a cero, gracias a la aplicación por los agentes gubernamentales de las tecnologías biopolíticas de disciplina social, de confinamiento doméstico, sobre todo, con instrumentos jurídicos de excepción penalizadores de toda desobediencia, siendo absorbida por la actividad tecno-viral, que tiende a infinito, en sus tecno-escenarios propios, mayoritariamente *online*, gracias a la mediación de las nefelibatas tecnologías de la información y la comunicación, que tele-presionan las mentes para interiorizar policialmente los datos y las discretas explicaciones oficiales y de científica apariencia sobre la evolución y la nocividad del coronavirus, asaltos tele-virales que bajan las defensas racionales a la vez que golpean a las emocionales. No es la implacable pestilencia la que está produciendo la metamorfosis de la normalidad de la vida urbana, sino las acciones tecno-políticas tomadas para afrontarla, aun cuando el reproche se lo lleve un virus previamente tecno-personificado. De hecho, seguramente el coronavirus COVID-19 pase, pero lo hará dejando tras de sí un elocuente ejemplo de lo que será lo (tecno) político-social en los tiempos por venir. Tal vez superaremos la pandemia, pero quizá al precio de que la tecno-pandemia informacional se quede fatalmente en casa.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Agamben, G. (2004). *Estado de excepción. Homo sacer II*. Pretextos.
- Agamben, G. (17 de marzo del 2020). Aclaraciones. *Artillería Inmanente*.  
<https://artilleriainmanente.noblogs.org/?p=1364>
- ALAPE (2020). Infodemia y desinformación. *ALAPE*. <https://alape.org/infodemia-y-desinformacion/>
- ASPO (2020). *Sopa de Wuban. Pensamiento contemporáneo en tiempos de pandemias*. ASPO (Aislamiento Social Preventivo y Obligatorio).
- Echeverría, J. y Sánchez, D. (2020). *Tecnopersonas. Cómo nos transforman las tecnologías*. Trea.
- Esposito, R. (2005). *Inmunitas. Protección y negación de la vida*, Amorrortu.
- Esposito, R. (2009). *Comunidad, inmunidad y biopolítica*. Herder.
- Esposito, R. (8 de febrero del 2020a). I partiti e il virus: la biopolitica al potere. *La Repubblica*.  
<https://bit.ly/3iNBgIg>
- Esposito, R. (28 de febrero del 2020b). Curati a oltranza. *Antinomie*. <https://acortar.link/t9JxU>
- Esposito, R. (18 de marzo del 2020). Il sistema immunitario di un Paese sono le sue istituzioni. *L'Espresso*. <https://bit.ly/3h3ALsT>
- Fernández, R. (2015). *Tanatopolítica: opúsculo sobre los dispositivos humanos posmodernos*. Páginas de Espuma.
- Han, B. (2012). *La sociedad del cansancio*. Herder.
- Han, B. (2014). *Psicopolítica. Neoliberalismo y nuevas técnicas de poder*. Herder.
- Harari, Y. (20 de marzo de 2020). The world after coronavirus. *Financial Times*.  
<https://on.ft.com/310PW0i>
- Horvat, S. (16 de febrero de 2020). Lo más contagioso es el miedo. *El País*.  
<https://acortar.link/qqGLB>
- Mbembe, A. (2003). Necropolitics. *Public Culture*, 15(1), 11-40.
- MIT. (2020). Here's how social media can combat the coronavirus «infodemic».  
<https://acortar.link/nq5bb>
- Naciones Unidas (2020). La ONU contra la desinformación del Covid-19 y los ataques cibernéticos.  
<https://acortar.link/toNmy>
- Puig Punyet, Enric (2020). *Cuerpos rotos. La digitalización de la vida tras la covid-19*. Clave intelectual.

- Sztajnszrajber, D. (29 de marzo de 2020). Ojalá superemos esta pandemia y nos deje algún aprendizaje, pero soy pesimista / Entrevistado por Sebastián Feijoo. *Tiempo Argentino*. <https://bit.ly/2Y68EC1>
- Zarocostas, J. (2020). How to fight an infodemic. *The Lancet*, 395(10225), 676. [https://doi.org/10.1016/S0140-6736\(20\)30461-X](https://doi.org/10.1016/S0140-6736(20)30461-X)
- Žižek, Slavoj (27 marzo de 2020). Todos somos hoy Julian Assange, encerrados y sin visitas / Entrevistado por Rebeca Yanke. <https://acortar.link/E4hVR>